

## LA LADRONA

Estaba comprometido a casarme con una muchacha, lo que me tenía muy contento, no obstante su natural enigmático.

Parca en el hablar, cuando lo hacía, siempre era misteriosamente; los más pueriles detalles de la vida los convertía fácilmente en asuntos secretos y su inclinación a la soledad causaba inquietud. En cambio, tenía ojos tan bellos; un color tan maravilloso, una gracia tal de expresión, que neutralizaba en mí toda reflexión respecto de la singularidad de su carácter. Ante todo, la amaba con pasión y me pasaba noches enteras delante de la puerta de su habitación pensando únicamente en «que ella vivía allí» y meditando en su presencia como un creyente en la transustanciación.

Desde luego que yo no sabía si ella me amaba; siempre eludía darme una respuesta categórica a este respecto y difería en un todo a la voluntad de sus padres, por la confianza que tenía en su acierto. Si insistía mucho, ella acababa generalmente por responder que poco entendía del asunto, pero que no me profesaba antipatía, lo que, a su juicio, bastaba a una joven para resolverse a casar. En vano suplicaba, en vano ensayaba animar a la enigmática persona; siempre la misma indiferencia, la misma impenetrabilidad, el mismo dominio sobre mí, que continuaba amándola.

Una tarde en que a solas con mi tristeza en un terraplén de las Syrtes meditaba en estas cosas, percibí un rumor que venía de las habitaciones. Volví a éstas y cuando entré al salón, todos se agitaban con gran confusión; los huéspedes estaban consternados, los amigos inquietos y turbados y la anciana señora del Castillo horriblemente pálida y temblorosa.

—¿Qué ha sucedido? pregunté.

Se me informó brevemente que habían sido roba-

dos los diamantes de la señora del Castillo, diamantes de familia y de gran valor; que los sirvientes acababan de ser detenidos en el cuarto vecino y que se iba a proceder a una pesquisa en regla. Cuando yo entraba, el anciano señor de la Vega era unánimemente designado para dirigir la investigación, y su primera disposición fue que todos se sometieran, o más bien, se ofrecieran espontáneamente a ser registrados. Aunque esto era fastidioso, nadie protestó y se convino en que inmediatamente después de los sirvientes, todos los presentes sufrirían el examen.

A decir verdad esto me pareció de poca importancia, dadas mis inquietudes personales y aguardé con algunos otros el fin de la aventura, mientras que el señor de la Vega, acompañado de dos testigos y de un huésped, comenzaba la requisa de los sirvientes. Volví a entregarme a mi anterior meditación con la vista fija en la chimenea, como si brillase el fuego, cuando sentí que me tocaban el brazo. Levanté la cabeza con sobresalto y vi a mi novia que me miraba de un modo suplicante. Estábamos retirados cerca al hogar y podíamos hablar en voz baja sin ser oídos. Ella murmuró:

—Si me amáis, haced que se os registre de los primeros . . . Luégo tratad de colocaros cerca de mí para coger diestramente por detrás el objeto que os alargará.

La sangre se me fue a los talones, el incidente, de enojoso se convertía en terrible para mí y me conturbó profundamente. Miré con angustia a la joven, pero haciendo por sonreír, le dije de paso:

—Se hará vuestra voluntad.

Me temblaban las piernas, y los labios se me pusieron secos y ardientes. El sentimiento que experimentaba era inexplicable. A una amargura extraña se mezclaba

una especie de satisfacción de que mi dominadora hubiese sido falible en esto. Quise asumir un aire de piedad desdeñosa, pero en realidad, dominó en mí el amor que se agitaba en mi pecho violenta y poderosamente. Comprendí en el acto el poder de la belleza aun tratándose de una persona pervertida y cuánto respeto impone aquella aun en medio de la deshonra y pensé en muchas otras cosas en que andaban revueltos: el fervor amoroso, el sacrificio sin límites, un deseo a un tiempo noble y perverso . . .

Juana me manifestó su agradecimiento casi imperceptiblemente con los labios y se acercó a la pared con aire indiferente y altanero.

—Se tardan bastante, dijo de repente.

—El señor de la Vega es hombre de método, replicó alguno.

Y tornó a reinar el silencio que, de momento en momento, era un poco más forzado: la expectativa, aun la más insignificante, acaba por agitar los espíritus y excitar poderosamente el sistema nervioso. Al fin terminó el registro a los sirvientes; se abrió la puerta y quedamos en presencia del huésped, los testigos y el anciano.

El corazón me palpitaba con violencia; sentía que palidecía horriblemente; pero dominando mi turbación, con voz firme solicité se me registrara primero.

El señor de la Vega sonrió de lo que consideraba como un arranque de joven y procedió metódicamente a mi examen. Me enrojecía, palidecía, sin que nadie se apercibiera de esta singularidad. Terminado el registro di dos o tres pasos atrás y me encontré al lado de Juana, que a favor del abanico me alargó alguna cosa con una destreza semejante a la que yo empleé para cogerla y hacerla desaparecer en un bolsillo de la levita. Después me recargué contra la chimenea, ya como tes-

tigo y al abrigo de toda sospecha. Desde luego que el registro del señor de la Vega no dio resultado. No restaba sino buscar en los cuartos y dar parte a la autoridad.

No obstante, mi agitación aumentaba. Siempre contra la chimenea, casi me daba vértigo; sentía el peso del objeto y en mi poder se hallaba el cuerpo del delito. Juana se me acercó con su andar airoso y me dirigió una expresiva mirada de gratitud que me abrasó. En seguida me dijo en voz baja pero imperativa:

—¿Me amáis aún?

—Sí, respondí con firmeza y sin vacilar.

—¿A pesar de lo que he hecho?

—A pesar de lo que habéis hecho.

—¿Os casaréis conmigo?

—Me casaré con vos.

Me electrizó con otra mirada más viva y más sostenida. Comprendí el poder de la mujer sobre toda ley humana o natural, de que se habla en el sagrado libro de los orígenes del mundo y al cual nadie puede sustraerse. Experimentaba una extraña felicidad por tan singular aventura y no podía rechazar una dicha de que me avergonzaba y que me causaba honda pena. Cuando esta lucha interior se verificaba, oyéronse exclamaciones y apareció el señor de la Vega, trayendo una pequeña caja.

—Tenemos las joyas y al culpable! dijo con voz calmada.

Apenas tuve tiempo de oír; de ver el semblante lívido del sirviente—el culpable—pues Juana me arrastró hacia la penumbra del terraplén. Allí... dos manos estrecharon mi cabeza, dos labios puros y ardientes se posaron sobre mi frente y Juana murmuró en mi oído:

—La ladrona os adora!